



# PRÓLOGO

*San Francisco, 6 de Octubre de 1967*

Muy a su pesar, a Charlie Bright no le quedó más remedio que creer en fantasmas después de esa noche.

Todavía peor. No le quedó más remedio, a una completa atea como ella, que pedirle a Dios que la protegiese de todo mal mientras corría descalza por las calles del barrio de Richmond. De vez en cuando se agachaba tras un coche y miraba hacia atrás, atemorizada. El sudor nublándole la vista, su cerebro tratando de entender qué había pasado en esa casa. Alguien había traído un tablero de la ouija, alguien había pasado helados con LSD. ¡Pero ella no había tomado nada! Entonces, ¿cómo se explicaba lo que había visto?

Cerró los ojos con fuerza, aguardó unos segundos y volvió a emprender la huida.

Calculó que había tardado dos horas en llegar al hospital, debido a que había tenido que pararse a cada minuto para asegurarse de que las criaturas no la seguían. El reloj de la pared de urgencias marcaba las tres de la mañana cuando se acercó a la ventanilla de recepción.

La recepcionista preguntó qué le pasaba.

Charlie se miró de arriba abajo: excepto por algunas laceraciones en los pies, parecía estar a salvo. A salvo. ¿Cómo era posible?

—Ha pasado algo terrible... Había algo... malvado en la casa.

La mujer de recepción la miró por primera vez. La escrutó unos segundos.

—¿Qué has tomado?

Charlie negó con vehemencia.

—¡No he tomado nada! —gritó con indignación.

La recepcionista miró el botón rojo que había tras su mesa. Los guardias de seguridad de la puerta se acercaron unos pasos.

Charlie respiró hondo. Volvió a empezar.

—No estoy drogada. —Miró hacia el suelo—. Me he cortado los pies con cristal.

La recepcionista hizo unos movimientos mecánicos que incluían juntar varios papeles y ponerlos en una carpeta de cartón. Espigó un boli de un bote de hojalata y se lo ofreció.

—Siéntate allí y rellena esto. Ya te llamarán.

Charlie caminó cojeando hacia una silla mientras oía a los recepcionistas hablar entre dientes sobre los *hippies* y sus colonos:

—Siempre es lo mismo los fines de semana. Si trabajasen como los demás...

Se sentó entre un anciano en una silla de ruedas y una mujer doblada por el dolor. Rellenó los papeles en un par de minutos, pero tuvo que esperar seis horas hasta que un médico le hizo las curas en los pies y le dio unos patucos ortopédicos.

Cojeando, volvió a salir a la calle. La niebla comenzaba a cubrirlo todo.

Buscó monedas en su bolso de cuero artesano, que ella misma había hecho, y se metió en una cabina telefónica. Marcó el número que mejor se sabía. La línea dio tono un par de veces hasta que alguien contestó.

—Mamá. —El hipo del llanto le dificultaba enunciar sus palabras—. No, estoy bien. Estoy bien —se limpió las lágrimas con la mano—, es solo que... ¿Me podéis venir a buscar papá y tú? —Miró asustada hacia fuera, a través del cristal sucio de la cabina—. No quiero vivir más en San Francisco. Esta ciudad está maldita.





## CAPÍTULO 1

*San Francisco, 20 de Junio del 2011*

**Luz Violeta**

Luz se paró en seco, boquiabierta. Tropezones de curri de lentejas y tofu se desprendían lentamente de su pelo para caer sobre su brazo y mano derecha. El recipiente de sopa estaba tirado a sus pies. Todo había sucedido tan rápido que apenas había comprendido lo que había pasado.

La sorpresa e indignación la hicieron retroceder por la senda de la memoria hasta una de aquellas largas tardes de verano que pasaban en el río de Moraña: los grillos chirriando, los zapateros caminando sobre las aguas como Jesucristo, el sol quemando las rocas lisas y parduzcas donde sus amigas y ella comían pipas y lanzaban eructos con sabor a Fanta. Casi podía oler el aceite de coco con el que se embadurnaban mientras leían la *Súper Pop* y escuchaban los cuarenta principales en la radio portátil. Entonces, uno de los chicos, con gestos torpes dictados por las hormonas, les tiraba un globo de agua y Luz sentía la quemazón de la goma en la piel, seguida por la explosión de agua congelada que le cortaba la respiración unos segundos. Como ahora.

Aunque ningún chico le había tirado un globo como inicio de su negligente cortejo.

—No quiero tu maldita sopa, jodida zorra. ¿Quién te crees que eres? —le gritó la señora desde una esquina del suelo en la intersección de Powell y Market St.

La gente apuraba el paso al ver a la mujer sin hogar lanzarle improperios a la turista despistada que era Luz Violeta. Escapaban del enfrentamiento, pero también del sempiterno frío del centro de la ciudad. Le ofrecían una corta mirada de conmiseración para después concentrarse en la entrada de la boca del metro, que exhalaba su aliento gutural hacia la fría calle.

La señora seguía despotricando desde su nido de mantas y cartón cuando Luz finalmente consiguió recomponerse, asió su maleta con más fuerza y retomó su arrastre calle arriba, con la cara ardiéndole por la vergüenza y el calor de la sopa.

En lo alto de la cuesta, se volvió a parar, sacó unos pañuelos de papel de la mochila y se limpió el desastre como pudo. Comenzaba a anochecer y la luz del día se desvanecía rápido, ayudada por la niebla de San Francisco, de la que tanto había oído hablar. Un retortijón le apretó el estómago gentilmente. No se podía creer que hubiera llegado allí. Finalmente estaba en California, nada menos que en San Francisco, la cuna del movimiento *hippie*, de la generación Beat, del *boom* de Internet, de *Princesa por Sorpresa*. Y pese al desagradable recibimiento, aquella ciudad no podría con ella. Sonrió para darse ánimos y continuó caminando.

Se detuvo de nuevo para admirar la puerta de dragones que marcaba la entrada turística de Chinatown, que reconocía por las fotos. Tres portales, uno grande para coches y dos pequeños para transeúntes, cubiertos por tejados verde esmeralda. A los

lados se erigían las estatuas de dos dragones de ojos abombados y desafiantes; uno pisaba una perla; el otro, un león. Desde luego, no invitaban a entrar, y sintió otro retortijón de regocijo al intuir una nueva aventura en su vida.

A Luz Violeta le gustaba poner a prueba sus límites. Tontear con el peligro le hacía sentirse viva. Ya fuera saltar en paracaídas en Suiza, nadar con tiburones en México o vivir en las calles de Rotterdam con un grupo de ecologistas radicales que se negaban a comer nada que no saliese de los basureros de los supermercados.

Volvió a coger el asa de su maleta, respiró hondo y se adentró en Chinatown justo cuando el cielo comenzaba a teñirse de gris. Chequeó el GPS de su móvil antes de reanudar su camino.

Había pocos turistas, lo que le agradó sobremanera, ya que se podía imaginar caminando en la época de las tríadas y los burdeles de finales del siglo XIX. Imaginaba fantasmas de doncellas con vidas durísimas y muertes trágicas sobrevolando los adoquines de las calles.

Pasó junto a tiendas suntuosas atestadas de lámparas de araña, joyas y esculturas de bronce. Y otras que vendían Hello Kitties, sudaderas de San Francisco y cristales. Tiendas de viajes, pequeños supermercados y edificios residenciales llenaban las calles flanqueadas por farolillos de papel en rojo y dorado y postes de la luz en verde y rojo.

Tres calles empinadas más tarde, llegó al número que Alexander, su padrino, le había indicado en el último email. Luz Violeta dio un paso atrás para observar el destartalado y viejo edificio.

Alexander era uno de los mejores amigos de sus padres. Se habían conocido durante la movida madrileña, cuando Alexan-

der, nacido en California de familia chilena, estaba de viaje por Europa. Desde entonces, pasaba temporadas en Moraña con los *hippies* del pueblo, que eran sus padres.

Llamó al interfono. La voz rasposa y grave de Alexander contestó a los pocos segundos para asegurarse de que era, efectivamente, su ahijada. La puerta se abrió. Luz Violeta subió con dificultad los tres pisos hasta el rellano de gruesa moqueta marrón, donde flotaba un fuerte olor a gatos y lo que parecía excremento de cucaracha.

La puerta estaba entornada y juguetonas volutas de incienso y salvia quemada se contorneaban en el halo de luz que salía del apartamento.

—¡Ha llegado la infanta de España! —gritó la voz de Alexander, con su suave acento chileno—. Ven, ¡pasa, pasa!

Empujó la puerta y vio a Alexander, todo su redondo cuerpo, sentado en una butaca estampada de rosas carmesí y mostaza. Estaba encajonado en una mesa camilla, cubierta por un mantel de ganchillo blanco, sobre la que reposaba un juego de té de porcelana con motivos orientales.

—¿Qué tal el viaje? Ven a la luz, déjame que vea lo mucho que has crecido. Dios mío, qué mayor. ¡Y alta! No me lo creo. —Se llevó sus largos dedos a las mejillas artificialmente hinchadas. Se mordió el labio inferior, que también parecía relleno. Dos dientes delanteros, algo descabalados, asomaron de su boca—. ¿Pero cuánto tiempo ha pasado desde que os fui a visitar?

—¿Ocho años? Algo así. —Luz se quitó el abrigo—. Desde el aniversario de mis padres.

—Ven acá que te dé un achuchón. —Abrió los brazos, pero no se movió del asiento. Luz se agachó y apoyó su mejilla en uno de

los hombros de Alexander—.Uff —dijo este con un tono agudo. La alejó con ternura, pero sin disimular un mohín—, ¿y ese olor? Parece que has venido en bote de remos, *mijita*. ¿Te mareaste en el avión?

— Qué va. Compré una sopa al salir del metro, vi a una anciana sin hogar y me dio pena, así que se la puse delante. Pero ella me la tiró encima.

Alexander se rio con un estrépito digno de un motor.

—Bienvenida a San Francisco. Tres cosas has de saber: siempre hace frío, todo es carísimo y las apariencias engañan.

—Pues sí que la vendes bien...

Se sentó y aceptó una taza de té humeante. Le dio un sorbo, era dulce y lechosa. Las gafas se le empañaron hasta convertir la habitación en una pecera. Se las quitó, las limpió con la camiseta, se las recolocó y estudió el cuarto con poco disimulo. Retratos en blanco y negro, iconografía cristiana e indígena chilena en altares con bandejas de frutas, bollos, cristales y quemadores de incienso. Telas bordadas, encajes y cojines de terciopelo. Una pequeña televisión con antena antigua y, en una de las paredes, un gran ventanal de madera roja desconchada con vistas sobre la bahía y los tejados de Chinatown. Dos gatos de angora gris oscuro descansaban en el alféizar. Miraban a la recién llegada sin un ápice de curiosidad, desde su privilegiado promontorio al lado del radiador que, a cada minuto, emitía pequeñas explosiones internas.

—No me lo puedo creer, ocho años ya. Si no hubieses crecido tanto, no me lo creería.

—Tú estás igual.

—Tonteras. Cada día más vieja y más gorda —se quejó, moviendo los brazos como apartando el humo del incienso—. ¿Tienes hambre? Tengo pan y mantequilla de maní. No me dio tiempo a salir a comprar. Si quieres, pedimos una *pizza* o *chow mein*.

—No. No. La mantequilla de cacahuete está bien. No tengo mucha hambre —mintió Luz, cubriéndose el estómago para evitar oír el sonido de sus tripas.

—Estarás cansada. Claro. Vamos, que te enseñe tu habitación. —Se puso de pie con esfuerzo, su largo caftán de seda con dibujos geométricos en añil arrastraba por la moqueta. Cogió la mano de Luz y sonrió. Apretó un poco mientras guiñaba un ojo—. Esta ciudad te va a cambiar para mejor, lo puedo ver.

Luz le devolvió la sonrisa. Le gustaba Alexander. Era su favorito de entre los coloridos amigos de sus padres. Siempre se había sentido a gusto con él.

Su padrino abrió una puerta de pomo de cristal y repujado de metal a su alrededor. Dentro había un pequeño catre, una ventana que daba al patio de un colegio y una máquina de coser en una mesa arrumbada.

—Espero que no te molesten mis cachivaches. Esta casa tiene pocos lugares para guardar las cosas.

—¿Sigues cosiendo?

—Igual de bien. —Sonrió y arqueó sus finas cejas pintadas con lápiz y sus prominentes pómulos morenos siguieron la trayectoria. A continuación, abrió el armario para mostrarle los frutos de su trabajo. Con los ojos rebosando orgullo, pasó su elegante mano sobre los suntuosos vestidos de descarados colores, lentejuelas, boas y abanicos para después empujarlos con cuidado hacia un lado—. Toda esta parte es para ti. ¿Te bastará? —le preguntó, mostrándole el nuevo espacio del armario.

—Me sobra —dijo Luz, sus ojos destellaban como los de una urraca al ver el brillo de la ropa de artista de Alexander.

Antes de dedicarse a su consulta psíquica a tiempo completo, Alexander se había hecho un nombre con un espectáculo de variedades. Todo tenía cabida: lecturas del tarot, comunicación con los difuntos de algún miembro del público que presuntamente escogía al azar, cante, algo de baile y hasta algún estriptis ocasional cuando su cuerpo aguantaba el foco, como solía decir, ciñendo la cintura con sus manos y metiendo barriga.

Alexander salía al escenario, dependiendo del humor en el que estuviera, o la temática del *show*, vestido de traje de chaqueta con hombreras eternas, con uniforme de marinero de entreguerras, de *coquette*, de dama gótica, de bruja buena, de bruja mala, de *cowboy*... Eso sí, todo aderezado con una buena capa de lentejuelas, o raso brillante, grandes cardados y kilos de purpurina. Ahora, ya retirado del «chow bisnis», su padrino regentaba una consulta psíquica en la zona de la Mission. Y no le iba nada mal.

Alexander la miró, escrutador y, adivinando sus intenciones, puso un dedo en el aire.

—Esto no se toca sin permiso, ¿cachai?

Luz Violeta hizo un gesto marcial que satisfizo a su padrino, quien sonrió fugazmente y añadió:

—El baño es la puerta del fondo. Una ducha te vendría bien. Después acomódate. La cocina está abierta las veinticuatro horas siempre y cuando no hagas un estruendo —bostezó—. Me voy a acostar. ¿Nos vemos mañana?

Luz asintió.

—Buenas noches. Y, de verdad, mil gracias por dejar que me quede aquí hasta que encuentre un sitio.

— *Weás*. Mi casa es tu casa. Además, le debo muchas a la vieja loca de tu madre. Y al tonto de tu padre también.

La abrazó y Luz cerró los ojos, inhalando el perfumado olor de su ropa. Luego observó al corpulento hombre abandonar la habitación, bamboleándose con una liviandad sorprendente. Cuando la puerta se cerró, se sentó en la cama. Probó la firmeza con la mano. Se quedó en silencio, dejando que los sonidos de la ciudad llenaran el cuarto: sirenas, bocinazos de trenes, frenazos de coches y graznidos de gaviotas abriéndose paso entre las rendijas de la vieja ventana. Se acostó y mandó un mensaje a sus padres.

Llegué a casa del padrino bien. Mañana llamo.  
Súper cansada.

Apagó el teléfono y lo dejó caer en el suelo. Llevaba más de veinticuatro horas despierta desde que se había montado en un avión en Santiago de Compostela. Había tenido que hacer cuatro escalas para conseguir el mejor precio. El cuerpo todavía le zumbaba, y aprovechó la lenta y baja vibración para sucumbir al sueño.